

III Coloquio de docencia de la Historia
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Históricos y Humanos
Departamento de Historia / Academia de Docencia de la Historia

22 y 23 de mayo 2008

Eje temático
Nuevos paradigmas de la pedagogía y la didáctica en la enseñanza de la historia

LA HISTORIA DEL NUEVO MILENIO

(¿Un nuevo pre-paradigma?)

J. Alberto NAVAS SIERRA

*Profesor, Escuela de Negocios y Humanidades.
Miembro, "Cátedra de responsabilidad social, comunicación, ética y ciudadanía"
Instituto Tecnológico de Monterrey (TEC). Campus Guadalajara.*

Resumen:

Desde la última década del siglo pasado, tras el declive de los "Annales", el presente y futuro de la Historia como ciencia ha motivada un intensa polémica académica de orden "global" y en la que están participando no sólo historiadores sino filósofos -de la ciencia y la Historia- como también especialistas de las restantes ciencias sociales e incluso de otras disciplinas afines a la Historia, como son la genética y la biología. Más allá del debate epistemológico clásico al respecto, están ausente del mismo otras áreas del conocimiento las que, como las llamadas TICs -técnicas de la información, comunicación y conocimiento- tanto han aportado a la "maduración" de la casi generalidad de las ciencias y respecto de las cuales la Historia persisten en estar alejada. Este trabajo intenta motivar algunas reflexiones en la aludida polémica de la que podría ser la Historia de siglo XXI; la que, ciertamente, está aún por nacer.

Esta ponencia tiene que ver con la crisis de la Historia como ciencia. Más concretamente, del futuro inmediato de la Historia como tal. Antes que responder, pretende plantear algunas preguntas que, aunque desde hace años son tópico obligado en dicha polémica, podrían permitir repensar la referida crisis de la Historia bajo otras ópticas. De acuerdo al propósito del presente coloquio, las respuestas del caso conllevan consecuencias ineludibles respecto de la pedagogía y docencia de la profesión y quehacer del historiador.

1- ¿Cuál es la naturaleza de la crisis que padece la Historia?

Para nadie resulta difícil admitir que después de más de siglo y medio de “modernismo” historiográfico, y casi medio siglo de “posmodernismo”, la Historia enfrenta el reto ineludible de reconstruir su paradigma esencial al objeto de sobre vivir como ciencia.

Si bien esta no es la primera vez –y seguramente no será la última– que la Historia se halla en tal tipo encrucijada–, el historiador, una vez más, parece continuar ajeno al debate respectivo, cediendo –como antaño– a los filósofos en general, pero a últimas a los filósofos de la ciencia y filósofos de la historia, el papel protagónico que le correspondería asumir en semejante tarea.

De seguir lo postulado por Thomas Khun –quien junto a Karl Popper continúan siendo los filósofos de la ciencia de obligada referencia al tema que aquí atañe–, lo cierto es que, desde los años 90 del siglo pasado, la Historia ha buscado, sin éxito, la sustitución del “paradigma” científico que hasta entonces imperó¹; o lo que es lo mismo, la Historia estaría desde entonces forzada a experimentar una profunda “revolución científica” que necesariamente involucra la generación e implantación

de un nuevo paradigma; cosa que –para muchos– es una meta aún lejana.

Aún a riesgo de caer en una hiper simplificación al respecto, el aludido “vacío paradigmático” de que padece la Historia resulta manifiesto en la medida en que las diferentes propuestas “pos modernistas” antes que aportar una superación del viejo paradigma “modernista”, empezaron a proclamar sistemáticamente la “defunción” de la Historia como ciencia, vaciando de contenido específico el trabajo del historiador. Frente a un paradigma que se agotó y otro que no logra reemplazarlo, el historiador actual aparece desprovisto, no sólo de un cuerpo teórico básico, sino de métodos e instrumentos válidos –al decir de Popper– para la generación de nuevos contenidos científicos relativos al estudio e interpretación del pasado del hombre y la sociedad humana. Tal inercia negaría de plano, entre otras, la condición “acumulativa” que es consustancial a toda pretensión de conocimiento lógico-científico.

No obstante –según los presupuestos de Khun–, pese los muchos años transcurridos, paradójicamente la Historia ni siquiera se encontraría en una fase de

“transición” o de reelaboración inter-cíclica de su paradigma científico esencial; pues los “bandos” o “escuelas” que deberían estar compitiendo por implantar un nuevo saber histórico, antes que enfrentados –tal cual es lo propio en toda revolución, incluidas las científicas²– vegetan en medio de la inercia institucional que caracterizan los espacios académicos donde cada uno ha logrado imponer una determinada supremacía.

A últimas, la crisis de la Historia se asocia, tanto con el declinio del pensamiento y método de los *Annales* franceses, como con las escuelas que en algún momento le fueron antagónicas –o cuando menos paralelas–, en especial el *Past & Present* británico; la *New social history* y la *New political history* estadounidenses, el *neo-historicismo* alemán o la nueva *Microhistoria* italiana; que como se anticipó, no han logrado implantar una nueva y definitiva forma de saber histórico. Dicho “pluralismo”, “paralelismo” o “coetaneidad” es lo que invariablemente reclamó, desde sus inicios, el pos modernismo como propio a toda nueva forma o método del saber, ética e incluso estética humanos.

Así pues, la característica más singular de la actual crisis de la Historia es que la misma no se ajusta a los modelos de ruptura estimados como prototípicos al respecto: antes que un agotamiento del paradigma modernista para continuar sustentando la dinámica de la ciencia histórica, lo que habría quedado manifiesto hasta ahora ha sido la incapacidad coetánea de las viejas o nuevas escuelas históricas que pretendieron sustituir un paradigma que logró imperar por algo más de 150 años. Haber entrado en un estado de “revolución científica” propiamente tal, habría supuesto necesariamente un incremento sustancial e insostenible de “anomalías”, o casos no estudiables y menos aún explicables según la teoría y método dominantes, también llamada “ciencia normal”, al decir de Khun³. Tales excepcionalidades no asimilables por el saber tradicional habrían terminado por negar la “no rigidez” como la “no acumulatividad” del conocimiento histórico dando cabida al surgimiento de uno o varios pre-paradigmas que suelen emerger previamente a la implantación de un nuevo y definitivo paradigma histórico⁴.

Lo anterior contrasta con lo acontecido hace 150 años cuando el paradigma modernista logró desplazar el pensamiento histórico clásico; cosa que ni buscó ni logró el pos modernismo; conforme lo dejaron explícitos los pontífices pos-estructuralista o pos-modernistas (Jean-François Lyotard , Michael Foucault, Jacques Derrida, Jean Baudrillard, o Roland Barthes, entre los más relevantes). Tampoco podría afirmarse –de nuevo según el riguroso esquema de Khun– que tales propuestas –pos estructuralismo y pos modernismo– constituyeron un caso singular de “revolución científica invisible” que como tal conllevara la sustitución, casi imperceptible, del viejo paradigma modernista, en este caso al interior de las ciencias sociales, de la historia en concreto⁵.

2- ¿Cuáles han sido las causas reales de tal crisis?

Así pues –como ya se anticipó–, si la ya larga crisis de la Historia como ciencia tendría que ver más con un “auto-agotamiento” del paradigma modernista que con una revolución científica propiamente tal, cabe preguntarse ¿Cuál es el origen y cuáles los factores que

llevaron a la ciencia histórica a esta larga e insuperada crisis?

Explicablemente se ha eludido discutir el papel indudable que al respecto jugó el “egocentrismo científico” occidental” que en el caso se de la ciencia histórica es consustancial con la fundamentación ideológica del paradigma modernista. Si el paradigma histórico pre-moderno postuló el tiempo como eternidad y redujo la tarea del historiador a verificar –dentro de una lógica acumulativa– la constatación de tal eternidad y la repetida actualización del pasado; el paradigma modernista propuso la idealización del futuro; o lo que resultó igual, la mitificación del “progreso” humano plasmado en un tiempo históricamente unilineal. A su turno, el pos modernismo proclamó una veneración – casi sacrosanta– del presente como única realidad cierta y objeto más que de conocimiento, de vivencia y disfrute fuera de toda ideología y patrón predeterminado y autoritario; realidad presente que aunque sea en parte herencia del pasado, está siempre en proceso de gestación y concreción.

Como se sabe, para el modernismo la irreversibilidad del tiempo histórico debió plasmarse en la consolidación del Estado-Nación moderno como eje de toda organización político-social capaz de auto realizarse y por ende legitimar tal pretensión meta-histórica⁶.

Este fue la herencia que el “modernismo” sustrajo, con beneficio de inventario, de la ilustración europea – inglesa–francesa–prusiana-alemana en su orden-; en particular, lo que a partir de Voltaire aportó la naciente “filosofía de la historia” para la conformación del futuro paradigma histórico modernista⁷.

A partir de esa época para nadie es un secreto que desde hace algo más de 150 años la dinámica científica de la ciencia histórica ha sido el patrimonio –casi exclusivo y excluyente–de unos cuantos países europeos; papel más tarde compartido con los Estados Unidos, y en una mínima proporción con Latino América, Japón y Australia. Si bien este fenómeno no ha sido exclusivo de la ciencia histórica –pues también ha sido lo propio de las demás ciencias, en particular de la original “ciencia natural”, luego la física, astronomía y

médico-genética (entre otras tantas, incluidas las “ciencias exactas y la filosofía misma)– lo cierto es que dicho proceso fue mucho más drástico respecto de las ciencias sociales, que desde entonces se iniciaron con nombre y objeto científico propios.

Ello se ha evidenciado al menos en tres aspectos: primero, en cuanto al reducidísimo número de científicos y divulgadores que en cada ocasión –siglos, años, países o universidades– se han dedicado al desarrollo y aplicación de un conocimiento y método científico social, histórico, en particular. Segundo, los comparativamente siempre escasos recursos –humanos, institucionales y financieros, entre los principales– con que han contado las ciencias sociales, muy en especial la Historia, para desarrollarse como ciencias; cosa que ha sido –y sigue siendo– todavía más lamentable en el caso de países como los Latinoamericanos, asiáticos y desde luego africanos; centenariamente alejados del núcleo dinámico de la ciencia social. Tercero, causa y efecto de todo lo anterior, el siempre reducido y discriminatorio “ámbito” temático –áreas, países, regiones, sectores, clases, culturas, etc.– objeto de investigación social e histórica.

En lo que compete al caso latinoamericano, cabe reseñar el relativo y pobre interés que como región y tema ha merecido repetidamente el subcontinente en el conjunto de los estudios y producidos historiográficos de los 200 últimos años; cosa que se aplica en todavía mayor proporción a los casos asiático y africano.

Este auténtico oligopolio del “saber” histórico –cosa que pocas veces se menciona que no sea como manifestación de tardías y no siempre coherentes reivindicaciones– parece haberse acentuado progresivamente a lo largo de los no menos 150 años durante los que imperó el paradigma histórico-modernista⁸. Así, lo que no tuviera que ver –como objeto a investigar y explicar– con la realidad e historia europea careció de relevancia e interés científico.

Pero si además de lo anterior, la realidad objeto de estudio histórico no encajaba con el diseño –teoría– y aplicación –método– del paradigma modernista, cualquier resultado contrario al “saber oficial” acumulado llegó a ser catalogado como un caso “aislado” o “divergente, finalmente un *deviant case*”⁹. En términos de K. Popper, estos hallazgos imprevistos con el saber

histórico convencional procedentes de la periferia científica deberían haber sido tratados como “falseables” y por su naturaleza contradictoria con el saber tradicional, haber forzado –conforme al enfoque deductivista de su filosofía científica– una renovación, al menos lógica, al interior de la ciencia histórica del momento.

Esta dinámica egocéntrica-europea sólo fue rota por la exitosa inserción de los EUA., en el núcleo de la dinámica científico-histórica, cosa que sólo aconteció durante el último cuarto del siglo 19, lo que a final de cuentas no redujo, sino que hizo todavía más manifiesta, la excluyente vigencia del modelo histórico-modernista¹⁰.

A falta de una apertura espacial del núcleo tutelar del paradigma modernista, es bien sabido que los eventuales aportes por parte de científicos sociales extra europeos o extra norteamericanos, historiadores en particular, quedaron por lo general relegados a un parroquialismo crónico que aún hoy no ha ido más allá de los reducidos espacios en que estos se han producido y divulgado. A últimas, como aconteció en los

restantes campos científicos, lo que desde sus inicios se dio fue una manifiesta impotencia de los científicos sociales no europeos y no norteamericanos, bien fuera para ampliar la base y dinámica del paradigma modernista; o bien para desarrollar tendencias o “escuelas” propias o “contrapropuestas” –en términos del citado Khun– que hubieran forzado la renovación –e incluso “crisis”– al interior del aludido de dicho paradigma. Aún a riesgo de caer en una presunción “contra-factual”, cualquiera de ambas opciones muy seguramente habría, si no evitado, si al menos alargado –en el peor de los casos, “aletargado”–, la “revolución científica” que muy seguramente no habría sido posible evitar dentro del ámbito de las ciencias sociales, de la historia en particular.

Así y todo, pese haber quedado aislados o minusvalorados¹¹ estos pocos aportes externos, el paradigma modernista pudo mantener, por un buen número de años más, una aceptable coherencia y potencialidad intrínseca¹². En términos de Khun, estas “emanaciones” procedentes de la periferia de las ciencias sociales, no pasaron de ser meras “tensiones”

que el paradigma modernista pudo asimilar, o simplemente desconocer— a lo largo de sus muchas renovaciones que como ciencia “normal” experimentó la Historia, en especial desde la imposición de los *Annales* franceses como la más fuerte y prolongada manifestación del paradigma histórico-modernista; cosa que se acepta habría acontecido hacía el final de los años 60 del siglo pasado y que se corresponde con los llamados “terceros *Annales*”; fecha que coincide precisamente, tanto con los primeros pronunciamientos pos modernistas, como con la proliferación de escuelas o tendencias históricas divergentes de los citados *Annales*.

Pese este excluyente egocentrismo científico-social occidental, resulta cada vez más manifiesto que la causa final y definitiva del declinio del paradigma histórico-modernista habría sido, antes que otra cosa, un proceso *sui generis* de “agonía” natural— para muchos en verdad “muerte natural”— manifestada en un repetido e insuperado agotamiento inter-generacional. Ello se habría dado no sólo respecto de la escuela de los *Annales*—que de por sí ilustraría suficientemente el

tema—, como con todas las “escuelas” que, de alguna forma, lograron proporcionar un tanto más de oxígeno al decadente paradigma modernista¹³. Si tal fue el caso, es el mismo Khun quien apoyándose en un texto autobiográfico del físico alemán Max Planck, adujo que muchas veces un nuevo paradigma científico no se impone por el triunfo de una nueva verdad científica sobre la antigua, sino más bien porque los padres o fundadores de esta última “acaban de morir”¹⁴.

Sin embargo, aceptando que tal pudo ser el caso de la ciencia histórica, lo que todavía resulta más atípico — paradójico en verdad— es que, pese a su declinio irreversible, el paradigma modernista no ha sido aún superado o sustituido por un nuevo y triunfante paradigma. En otras palabras, una vez más en términos de Khun, no habría acontecido hasta el presente una auténtica “revolución científica” al interior de la ciencia histórica, cosa que ha sido menos drástico respecto de la casi generalidad de las restantes ciencias sociales, en particular la economía, la sociología y la antropología, que tan emparentadas estuvieron con la penúltima versión de los *Annales* franceses.

Lo anterior quedaría evidenciado en la medida en que las nuevas propuestas pos-modernistas –una vez más nacidas en el reducido espacio europeo-norteamericano– apenas habrían conformado, hasta el presente, una reducida gama de contra propuestas – teóricas o metodológicas– las que, según el tan aquí citado Khun, acaso habrían llegado a conformar los por él llamados “contra-enfoques” (“contra-casos” – *counterinstances*-) y que como tales, además de ser propios a la dinámica de toda ciencia “normal” o dominante, en el peor de los casos apenas habrían producido “tensiones” –a lo mejor “esenciales”– y hasta muy probablemente auténticas “crisis” al interior del paradigma modernista predominante¹⁵; ataques que – una vez más, a riesgo de asumir una suposición contra-factual– , de no haberse dado el aludido agotamiento generacional, este muy probablemente habría podido asimilar auto regenerándose internamente, como lo demostró por 3 ocasiones la escuela de los *Annales*.

3- ¿Micro o macro-historia?

Responder la anterior pregunta, quizás suponga abordar el núcleo más denso de la actual polémica histórico-científica. Sabido es que desde el inicio de la primera pos-guerra mundial, pero en particular a partir de 1929, las principales escuelas históricas europeas y norteamericanas buscaron superar los límites inherentes a una ciencia amenazada en quedarse encasillada en meras agendas nacionalistas; cosa que con notorio empeño se propusieron Marc Bloch y Lucien Febvre, los más connotados exponentes de los primeros *Annales*.

Tales tendencias históricas buscaron, antes que nada, superar la alienación nacionalista fruto de la dinámica política europea y norteamericana de entonces; una – sino la más importante – causa de la primera y posterior guerras mundiales. Pero no fue menos cierto que fue la misma dinámica socio-política de ambas posguerras la que de –una u otra forma– estimuló los muchos intentos acometidos entonces en pro de la renovación del objeto y método de la Historia como ciencia social. Esto último encajó inevitablemente con la lucha generalizada – ahora más continental que propiamente nacional– para

la implantación de nuevas formas de organización social y política pos liberal, anti fascistas y pos monárquica¹⁶.

Para bien o para mal, esta búsqueda se asoció si no con el final, si al menos con la mutación radical del capitalismo como la expresión histórica más compleja de organización política, económica y social. Para muchos, esto explicaría el éxito académico del marxismo y estructuralismo en Europa, los EUA., -y desde luego en América Latina– durante la primera y buena parte de la segunda mitad del siglo XX, cosa que se concretó en las diferentes tendencias de la genéricamente llamada “Historia Social”. Otra vez, el éxito más notorio correspondió a los llamados “segundos *Annales*” –los *Annales* de la “historia económica y social”– de Fernand Braudel y Ernest Labrousse, cuya influencia alcanzó hasta el final de los años 60 del citado siglo; esfuerzo que relevaron con singular éxito Jacques Le Goff, Pierre Nora y Emmanuel Le Roy Ladurie, los más entusiastas propulsores de los *Annales* de la *Nueva Historia*, la *Historia de las Mentalidades*, la historia post-estructuralista y pos marxista¹⁷. Como es sabido, dicho trabajo concluyó

hacia la mitad de los años 90 del citado siglo cuando la radical autocrítica de François Dosse –*L’Histoire en Miettes (La Historia en Migajas)*–¹⁸ dio paso a los mal llamados “cuartos *Annales*”; autocrítica demoledora que apartó la macro-historia –la “Historia total”, la Historia de “largo plazo”, la “Historia serial” y “la Historia cuantitativa”– y con ello el reencuentro con la micro-historia, más precisamente con la “neo-micro-historia”¹⁹.

Es mucho lo que se ha dicho y escrito en torno a la micro-historia de nuevo cuño, que a últimas, sin pretenderlo, presa de un eclecticismo casi esencial y sin pretender convertirse en el nuevo paradigma sustituto del modernismo histórico, se convirtió en la pasarela para el apogeo del post-modernismo histórico. Quizás la corriente más alentadora de esta nueva micro historia de filiación primordialmente italiana, sea la propugnada por Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Edoardo Grendi y James Amelang, entre otros.

Sin pretender disputar la preponderancia alcanzada por la macro-historia, en una u otra forma estos autores coincidieron en anticipar que el método micro histórico no podía, ni debía, ser el instrumento que *a priori* diera

validez a los hallazgos macro históricos. Supusieron de entrada que el pasado humano era de por sí una realidad mucho más confusa y enmarañada que imponía un esfuerzo perseverante de indagación a pequeña escala. Por ello, antes de buscar de entrada síntesis generalizadoras que pudiesen explicar cualquier realidad pasada, era preciso que el historiador redujera el ángulo de enfoque en su análisis para luego, si acaso y tras un proceso agregativo –acumulativo, en verdad–, se pudiera intentar con éxito cualquier modelo totalizante o generalizador de mediano o largo plazo.

Así, Carlo Ginzburg propuso privilegiar el “relato” como lo propio de la micro historia; más explícitamente, el “buen relato”, esto es la historia con estructura literaria, atributo que en general debe distinguir a todo buen micro-historiador. Este modo singular de “narrar” la historia que escribe el micro historiador debía centrarse tanto en los individuos concretos como en la red de relaciones sociales que conforman esa realidad pasada. Para ello, era preciso que tomar en cuenta el máximo de dimensiones en su análisis, en particular las antropológicas, etnológicas y económicas. Lo

“excepcional” sería lo “normal” y no lo raro o ajeno al trabajo del historiador²⁰. Edoardo Grendi añadirá que este tipo de enfoque daría un valor excepcional – relevante– incluso al documento no seriable que de por sí sería significativo por todo lo que en si puede aportar o revelar al historiador de turno²¹.

Si bien la micro historia de Ginzburg y colegas italianos renuncia de entrada a la predicción, no vieron como contradictorio con el método por ellos propuestos la búsqueda de un conocimiento del pasado humano sustentado sobre un mínimo de presupuestos – hipótesis- válidamente formuladas y verificadas, antes que verificables, como más tarde lo exigiría Karl Popper²². Para los micro historiadores italianos, la realidad histórica es siempre anterior y ajena al historiador y de hecho es casi impenetrable para este, lo que significa que la misma no es abordable de manera directa por quien la pretende descubrir y explicar. De allí la inevitabilidad de las “fuentes”, del documento en particular; este en su sentido más amplio; esto es, no sólo el documento escrito primario. Si bien es este recurso epistemológico lo que finalmente distingue y

separa la micro historia como relato con la ficción o narración meramente literaria, concluyó siendo el primer pilar en que se basó el pos modernismo para demoler el paradigma modernista.

Para la búsqueda de un pasado concreto y excepcional, Ginzburg propone el método de la “abducción” el cual pasa por aclarar tanto la naturaleza de las hipótesis que son propias al conocimiento histórico²³, como la forma de validar o comprobar las mismas, lo que de por si significa extraer el máximo de conocimiento de la realidad histórica objeto de estudio. Para Ginzburg, se trata de entablar un vínculo entre una “regla” y un “resultado” para derivar de ella un “caso”.

El historiador, enfrentado a fuentes heterogéneas que lo abocan a la incertidumbre, no tiene otra opción que echar mano de la intuición, concretamente del “indicio” como recurso de investigativo –casi como lo hace un buen detective– que le permita armar consistentemente un relato reconstruyendo los “rastros mudos” del pasado, todo lo cual exige una esmerada reificación de los símbolos y significados respectivos, tal cual hace el antropólogo social²⁴.

Ha sido esta combinación de microscopio y calidoscopio lo que dio más realce a los trabajos emanados de esta corriente micro histórica, centrada en el hombre y su contexto particular por encima de agregados, series de largo plazo y meta relatos totalizantes. Sin embargo, como artificio metodológico, la micro historia en general no pudo escapar del todo al concepto y método de “estructura”; lo que para algunos la neo micro historia habría resultado ser una forma de neo-estructuralismo de “pequeña escala”.

Lo anterior, desde el momento en que el objeto de la investigación histórica no debía reducirse simplemente al estudio del pasado del hombre aislado de su contexto social y cultural –lo cual no pasaría de ser mera biografía– por lo que micro historiador está siempre abocado a la reconstrucción de la red de relaciones, interacciones y simbologías sociales que caracterizan las realidades pasadas objeto de su análisis, así esta esté centrada en un personaje, un grupo social, una aldea o una comunidad mayor.

Paradójicamente, esta exigencia de lograr el máximo acopio de tales interacciones e influencias recíprocas

existentes entre el “sujeto” y el contexto histórico que le es propio, termina por ser un análisis neo-estructural. A su vez, este modo *sui generis* de construir micro estructuras se convirtió en el camino para intentar edificar “estructuras” mayores o más complejas del pasado que está siendo estudiado. A últimas, la micro historia del cuño que comentamos, habría sido una vía diferente, un “atajo” para muchos, de hacer tanto “historia social” como macro-historia²⁵; cosa que desecharon los propulsores de los 4os *Annales* de “la historia en migajas”. Infortunadamente, los seguidores de la neo micro-historia italiana no profundizaron este empeño de fusionar micro y macro historias.

4- ¿Prescindir o sobrevivir al posmodernismo?

El comienzo del ya aludido auto-agotamiento de la macro historia y el surgimiento de nuevas tendencias de relevo, coincidieron con la remezón ideológica y generacional que azotó a Europa y los EUA., -y en buena forma a Latinoamérica– a final de los años 60 del siglo pasado, cuyo sustento ideológico fue provisto por un selectísimo grupo de intelectuales franceses

encabezados por Jean-François Lyotard, Michel Foucault y Jacques Derrida quienes compartieron una misma preocupación: efectuar una crítica radical al capitalismo tardío a la vez que delinear la nueva sociedad y cultura, entonces apenas bosquejada.

El primero –capitalismo tardío–, era la manifestación de un pasado, aún cercano, que parecía condenado a un ocaso irremediable. Lo segundo –nueva sociedad y cultura– era por entonces una informe y heterogénea realidad que emergía en buena parte de esa dinámica histórica que se extinguía y que era preciso moldear dentro de parámetros nuevos y diferentes que asegurasen su consolidación, si no como un nuevo futuro ideal humano, si como un presente en permanente estado de gestación. Un presente casi eterno!²⁶

Lo primero –capitalismo tardío– se llamó moderno, lo segundo, posmoderno. Y como se trataba de una crítica sustancial de una dinámica histórica que no daría más de sí, se terminó por negar la continuidad de la misma, pues lo pos moderno no era –ni tenía que ser– una fase posterior, ni mejor, ni superada de lo precedente. Más

bien, lo pos moderno era y sería una tentación permanente de regreso a lo moderno. Por ello, aunque el movimiento pos modernista se planteó desde sus inicios como una filosofía general, acabó por entroncar fuertemente con todas las ciencias sociales, la histórica en particular; más concretamente con la epistemología histórica y desde luego con la estética; esto es con la práctica y modos de hacer y ejercer la Historia en su nuevo sentido y alcance.

La pos modernidad es, pues, la deslegitimación general de todas las formas de conocimiento científico moderno; de la razón como única vía de conocimiento objetivo, todavía más si este se expresa en un discurso universal y omnicomprendido de una realidad manifestada en leyes -verdades- absolutas, generales e inmodificables; de ideales -ideologías- que impliquen una marcha irreversible por parte del hombre, su sociedad, la ciencia y la estética hacia cualquier tipo de futuro "único". Lo anterior por que intrínsecamente la realidad -cualquiera que sea-, no es ni puede ser única sino múltiple, fraccionada, heterogénea y difícilmente aprehensible.

Por ello, uno de los reclamos más insistentes de los padres del pos modernismo en pro de la demolición – antes que renovación– del paradigma modernista fue la acusación –legítima por lo demás– de que este buscó simplemente legitimar una misma y constante forma de dominación –verdaderas “estructuras”–, no sólo económica, social o política, sino también cultural y científica; fruto de las revoluciones liberales de los siglos XVII a XIX²⁷.

Pero son las aludidas “fragmentación” y “volatilidad” de cualquier realidad las que explican que la razón sea siempre limitada para captar y explicar –expresar, en el caso del artista– la realidad pretendida, proceso cognitivo que estará de suyo influenciado por los sentimientos, prejuicios y valoraciones individuales. Por ello, el conocimiento científico pos moderno –al igual que el arte o la literatura– es y tiene que ser, por esencia, relativo, circunstancial, efímero, recurrente y sobre todo pluri cultural.

En el caso concreto de la ciencia histórica, no sólo la viabilidad como la sostenibilidad del paradigma científico modernista habría implicado alargar cada vez más la

escala del tiempo –largo plazo– como ensanchar paulatinamente el ámbito geográfico de las realidades investigadas; esto es, abarcar progresivamente cuotas mayores del pasado humano en sus dos dimensiones básicas: el tiempo y el espacio humanos. Como ya se advirtió, si bien se avanzó significativamente en lo primero²⁸, no sucedió lo mismo con lo segundo.

A la vez que el pos modernismo anatemizó sin descanso la ideología –disfrazada de “ideal”– de un progreso y felicidad –luego “desarrollo”– sin regreso o lineal pero enclaustrado en unas pocas fronteras nacionales²⁹, proclamó una auténtica demolición de todo lo que expresara o manifestara tal paradigma. En particular, en lo que concierne a la ciencia histórica, se sustituyó el meta relato –la “historia sin sujeto” de Braudel³⁰– por el relato libre y desestructurado basado en el “acontecimiento” o pequeñas historias; que por lo demás debía estar ajeno a toda ley o pre generalización totalizante dado que en el evento –así sea “anomalía”, coinciden causa y efecto; que fue precisamente lo que de plano rechazó, desde sus inicios, la historiografía francés, en particular la escuela de los *Annales*³¹.

Pero a su vez se instauró la premisa de que si el “pasado” no es ya el fruto de una ideología de poder-dominante, este no existe de por sí, siendo siempre una realidad etérea, informe, extraña, anterior y ajena al historiador cuya capacidad de aprehensión - conocimiento— es inevitablemente limitada y condicionada subjetivamente según sean su modo de ver y enfocar su trabajo. El “documento”, como soporte físico de esa realidad pasada, no constituye de por sí una prueba real de la misma siendo apenas un discurso y representación –imagen borrosa y limitada— de ese pasado que se pretende estudiar. Por ello, en historia todo ha de ser duda e incertidumbre y el único recurso que le queda al historiador es estudiar la cultura como conjunto de símbolos usando el relato libre e inestructurado.

Se llega así al “final de la Historia” como uno de los tantos “finales” proclamados por el pos modernismo. Curiosamente, el pos modernismo habría arribado a la misma conclusión postulada por la versión última y extrema del paradigma modernista. Para el pos modernismo, el final de la historia sería una

consecuencia eminentemente epistemológica: la casi imposibilidad de “resucitar” el pasado humano; una forma particular de “inexistencia de materia” u objeto científico. Para el ultra modernismo reciente³², el fin de la Historia no es otra consecuencia que el cumplimiento del ideal liberal de la democracia y la libertad, como lo habría evidenciado la dinámica histórica que siguió a la caída del Muro de Berlín, la desintegración –cuando no transformación neoliberal–, casi generalizada, del comunismo en Europa y Asia y con ello la supuestamente avasallante planetización de la democracia y el mercado global.

¹) En el sentido más reconocido –entre las 21 acepciones que utilizó– dado por el mismo Thomas Khun al concepto y praxis de “paradigma”: cuerpo teórico y metodológico generalmente reconocidos, compartidos y aplicados por una o varias generaciones de científicos –no necesariamente contemporáneos–, en un área específica del conocimiento humano. *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: Univ. of Chicago Pr., 1962; pp. 7 y ss. Margaret MASTERMAN, "The Nature of a Paradigm," en: Imre LAKATOS and Alan MUSGRAVE (Eds): *Criticism and the Growth of Knowledge*; Cambridge university press, 1970; pp. 59-89.

²) Th. KHUN; *Op.Cit.*, p. 92 y ss

³) Th. KHUN; *Op.Cit.*, p. 92 y ss

⁴) Th. KHUN; *Op.Cit.*, p. 17; 77 y ss

⁵) *Ib.*, pp: 136 y ss.

⁶) Rafael VIDAL JIMÉNEZ, *La historia y la postmodernidad*; *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*; 1999 (Nov.), 2000 (Feb); V; (13).

⁷) *El Essais Sur Les Moeurs Et L'esprit Des Nations; Et Sur Les Principaux Faits De L'histoire, Depuis Charlemagne Jusqu'à Louis XIII (7 Vols; 1745-1756)*. Esta obra de Voltaire es generalmente considerada el primer tratado de filosofía de la historia que rompió con la tradición histórica-teológica de la edad media y con ella el origen del 1^{er} gran paradigma histórico-moderno. No obstante, se dice que existió una

recíproca influencia entre este “ensayo” –que Voltaire empezó a escribir y divulgar en 1745– y *The History of England from the Invasion of Julius Caesar to the Revolution in 1688* (6 volúmenes publicados entre 1754 y 1764) de David Hume en que ambos compartieron una visión muy similar en cuanto a la vocación y método de la “historia universal” en ciernes y que Hegel, Kant y Marx –entre los principales– se encargarían de reconceptualizar como “historia total”. Paul H. MEYER, *Voltaire and Hume as Historians: A Comparative Study of the Essai sur les moeurs and the History of England*. *PMLA*, 1958, Mar., Vol. 73 (1); pp. 51-68

⁸⁾ Parece existir un consenso en cuanto a la cronología –historiografía de la Historia misma– subyacente en esta periodización: la historia “pre-moderna” habría empezado a conformarse en Francia a mediados del siglo XVII –con anterioridad de su Ilustración– de la mano y vocación de los monjes benedictinos de Saint Maure, tan estrechamente ligados a los primeros intentos de Luis XIV de elaborar una historia nacional justificativa del extremo absolutismo de su reinado; intento que luego se consolidó con las revoluciones burguesas – la angloamericana, francesa y finalmente europea y a continuación iberoamericana –, desde entonces reduciendo el objeto científico de la Historia a la explicación y justificación del avance indeclinable del Estado-Nación liberal. Celina TUOZZO: *La Historia Secreta de la Historia en la Modernidad*. En: <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/19/tuozzo.html> (GDL: 22/05/2008 09:44:45). Se acepta, igualmente, que el paradigma histórico modernista empezó a gestarse a finales del siglo XVIII y que nació en Alemania a comienzos del siglo XIX con la obra cumbre de Leopold von RANKE, *Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1494 a 1514*, (*Geschichte der romanischen and germanischen Volker 1494-1514* (Berlín, 1824).

⁹⁾ Es sabido que a partir de los años 60 del siglo pasado, todos los paradigmas científicos terminaron haciendo del método de “casos”, dentro del que el “deviant case” se convirtió en uno de los diseños más utilizados, en la investigación y procesamiento “cualitativo” de datos.

¹⁰⁾ El largo “aislacionismo” estadounidense –que apenas se rompió a comienzos del siglo XX– afectó igualmente a la profesión y estudios históricos. Cuando en 1884 se fundó la *Asociación Americana de la Historia* –“*American Historical Association (AHA)*”– la Historia como ciencia apenas acaba de emerger como una disciplina académica autónoma, pues hasta 1870 apenas algunas pocas universidades – Harvard, Cornell, John Hopppkins y Michigan, las primeras– habían creado una cátedra independiente dentro de los estudios de ciencias sociales y humanísticos. *American Historical Association, Brief History of the AHA*; <http://www.historians.org/info/ahahistory.cfm> (GDL; sábado, 10 de mayo de 2008; 20:19). Lo anterior no quiere decir que no se hubiera dado antes a 1870 en EUA., un trabajo y producción histórica importante el cual, conforme a lo aquí sostenido, había permanecido hasta entonces en la periferia de la dinámica de la ciencia histórica dominante. Arthur S. LINK, *The American Historical Association, 1884–1984: Retrospect and Prospect*. Annual address of the president of the American Historical Association, delivered at December 28, 1984. *The American Historical Review*, 1985 (Feb.), 90 (1); pp. 1-17.

¹¹⁾ Lo que en general provenientes de aquellos que en su caso, o bien estudiaron o se pos-graduaron, o bien investigaron y publicaron en Europa o EUA.

¹²⁾ Th. KHUN; *Op. Cit.*, p. 26 y ss. John KUCZMARSKI, *A Leap of Faith in Kuhn's Evolution of Paradigm*. *Philosophy Independent Study: Post-Modernity & Modernity*;

July 28 2005.

http://home.earthlink.net/~johntkucz/pages/design/philosophy_pdf/thomas_kuhn_kuczmarzski.pdf (GDL; miércoles, 07 de mayo de 2008; 14:39).

¹³) No siempre se ha rendido merecido reconocimiento al gran esfuerzo y propósito que al respecto realizó el historiador británico Geoffrey Barraclough –que fue profesor de las universidades de Oxford y Liverpool- quien desde la Ila post-guerra, pero en particular desde el final de los años 50 del siglo pasado, propuso que la historia europea no fuera el objetivo primordial de la ciencia histórica, promoviendo un giro –en verdad un regreso– a la historia mundial o global, tal cual había sido el propósito de los “padres ilustrados”; programa que involucraba una revisión y ampliación de los métodos historiográficos hasta entonces utilizados. Kenneth C. DEWAR, *Geoffrey Barraclough: From historicism to historical science. (British historian); The Historian*; 6/22/1995. (*High Beam Encyclopedia*). En: <http://www.encyclopedia.com/doc/1G1-17199153.html> (GDL; jueves, 08 de mayo de 2008; 08:17) .

¹⁴) Th. KHUN; *Op.Cit.*, p.151. Cada una de las tres fases que caracterizaron a los *Annales* empezaron y terminaron con quienes la singularizaron y dirigieron con vitalidad intelectual indiscutida: la “*historia total*” de Marc Bloch y Lucien Febvre (1929 a 1946); la *historia económica y social* de Ferdinand Braudel y Ernest Labrousse (desde el 46 hasta finales de los 60); y la *Nueva Historia* (también la *Historia de las Mentalidades*) de Jacques Le Goff y Pierre Nora (de finales de los 60 hasta finales de los 80). Este no parecería ser el caso de los *4os Annales*, autoproclamada como la nueva fase o del “*tournant critique*” no sólo en virtud del incierto rumbo de sus trabajos –de por sí plagados de vaguedad y eclecticismo-- como por el poco peso científico de sus protagonistas, todo lo cual coincide con la profundización de la crisis de la ciencia histórica tal cual se manifestó desde los comienzos de los 90 del siglo pasado. Desde 1981, en un casi premonitorio artículo, “*En marge des Annales*”, publicado en *Le Débat*, François Furet advirtió sobre el eventual auto agotamiento que asediaba a dicha escuela. Cinco años más tarde, Pierre Vilar –exponente estelar de los terceros *Annales*– en una entrevista con François Dosse, el promotor de los cuartos *Annales*, admitió la muerte de dicha escuela histórica: “*Elle est morte!*”. Carlos BARRO, *La “Nouvelle Histoire” y sus críticos; Revista d’Història Moderna. Manuscrits*, 1991, 9; pp. 83-111. Bernard LEPETIT, *Histoire et sciences sociales: un tournant critique. Tentons l’expérience ; Annales ESC*; 1989, 44 (6) ; p. 1317. Carlos BARROS, *El “tournant critique” de Annales ; Revista de Història Medieval*, Valencia, 1991(2.); pp. 193-197.

¹⁵) Th. KHUN; *Op.Cit.*, p. 79 y ss.

¹⁶) Roderick R. McLEAN, *Royalty and Diplomacy in Europe, 1890–1914*; Cambridge university press; 2001; pp: 1 y ss.

¹⁷) Esta nueva tendencia historicista se reprodujo en movimientos tales como el “Conductualismo” (“behavioralism”) norteamericano y su variante la “cliométrica”, el “neo-marxismo” británico, la “historia desde abajo” francesa y la “escuela alemana “Bielefeld” (Renania) y su propuesta “*Gesellschaftsgeschichte*” (*Historia de lo social*), y desde luego la escuela italiana de la “micro historia”. Las anteriores corrientes se corresponde con el auge de sus principales publicaciones: Los citados “*Annales*” (en sus 3 versiones), “*Journal of Social History*”, “*International Review of Social History*”, “*Past and Present*”, “*Comparative Studies in Society and History*” y “*Geschichte und Gesellschaft*”, y los “*Quaderni Storici*”; entre las más nombradas.

¹⁸⁾ François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*, París, Éditions la Découverte, 1987.

¹⁹⁾ Como el mismo Carlo Ginzburg, uno de los más connotados de dicha vertiente puso de manifiesto, la micro historia se cultivó sin mucho realce desde el final de los años 60 del siglo pasado, en particular por George R. Stewart, profesor de la Universidad de Berkeley; *Pickett's Charge. A Microhistory of the final Attack at Gettysburg, July 3, 1863* (1959); el británico Edward P. Thompson, *The making of the English working class*, New York, 1963; el mexicano Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de gracia* (1968); *El arte de la microhistoria y su Teoría de la microhistoria* (en dos colecciones: *Invitación a la microhistoria* (1973) y *Nueva invitación a la microhistoria* (1982); Primo Levi, *Il sistema periodico* (1975); François Furet y Jacques Le Goff, *Histoire et Ethnologie. L'histoire et l'"homme sauvage"* (1973), entre los principales. Carlo GINZBURG, *Microhistory: Two or Three Things That I Know about It*; *Critical Inquiry*, 1993 (Autumn); 20 (1); pp. 10-35.

²⁰⁾ Carlo GINZBURG, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500.* (El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del 500) Einaudi, Turin 1976. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS: *El Queso y los Gusanos: un modelo de Historia crítica para el análisis de las culturas subalternas*; *Revista Brasileira de História*; 2003; 23 (45); pp. 71-101

²¹⁾ Ginzburg desarrolló el concepto en asocio a Poni: Carlo GINZBURG y Carlo PONI, "Il nome e il come. Scambio ineguale e mercato storiografico"; *Quaderni storici*, 1979, 40; pp. 181-190. También: Carlo GINZBURG, Carlo PONI, *La micro-histoire*; *Le Débat*, 1981 (17); pp. 133-136; en el coloquio sobre *Les Annales et l'historiographie italienne*, Rome, 1979; enero.

²²⁾ Como es bien conocido el filósofo alemán-británico, en su crítica al historicismo clásico, reprocha que el mismo no se haya fundamentado sobre un proceso lógico-científico estricto, que a su pensar, tenía que ser deductivo, antes inductivo, lo que sería la base de la "ingeniería social" que Popper terminó proponiendo. K. Popper, *The Poverty of Historicism*; Routledge & Kegan Paul, Londres, 196; 1 pp. 67-69; 122, (nota 24); pp. 131-33 y ss. También: K. R. Popper, *Truth, Rationality, and the Growth of Scientific Knowledge, Conjectures and Refutations*, London 1989; pp. 235. Ernest METZGER, "Quare"? *Argument in David Daube after Karl Popper*; *Roman Legal Tradition*, 2004; 2; pp. 27 y ss. Óscar CORNBLIT, *Karl Popper, el historicismo y la narración. Estudios Públicos*, 1996 (otoño); 62; pp. 197 y ss.

²³⁾ Ha sido Charles S. Peirce quien elaboró una sistematización del concepto de "abducción", "retroducción" o "inferencia abductiva" como tercera vía de generar tanto el conocimiento científico como las ideas de la vida ordinaria: aplicar una regla determinada a un caso concreto, o igualmente consiste en aplicar teorías explicativas a partir de los hechos. Rodolfo J. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ; *Abducción en el contexto del descubrimiento científico*. En http://cienciascognoscitivas.275mb.com/rrr_abduccion.pdf (GDL; lunes, 12 de mayo de 2008; 18:31). Jaime NUBIOLA (Comp.) C. S. Peirce y la abduccción. *Analogía Filosófica*; 1998, XII/1, pp:1-187. <http://www.unav.es/gep/AN/ANIndice.html> (GDL; lunes, 12 de mayo de 2008; 18:14).

²⁴⁾ Justo SERNA y Anacleto PONS, *Formas de hacer microhistoria*; *Ágora, Revista de Ciencias Sociales*, 2002 (7).

²⁵⁾ Wouter de NOOY, *Una perspectiva institucional sobre la relación micro-macro; Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*; 2002 (sept-nov); (5); pp. 1 y ss.

²⁶⁾ Jean-François HAMEL, *Revenances de l'histoire. Répétition, narrativité, modernité*; Paris, Éditions de Minuit (« Paradoxe »), 2006. «Eterno retorno» que F. Nietzsche había ya planteado en 1874 y que G. Vattimo explícitamente reconoció: *El fin de la modernidad. Nihilismo y Hermenéutica en la cultura posmoderna*; Barcelona, Gedisa, 1966; pp: 9 y 20 respectivamente.

²⁷⁾ Es muy denso el pensamiento pos modernista a este respecto. Implícitamente está en las obras del sistematizador del concepto y escuela pos modernas, François LYOTARD, *La Condition postmoderne: Rapport sur le savoir*, 1979 (La condición posmoderna, Madrid, Cátedra, 1984; p:121; Jean BAUDRILLAD (Las estrategias fatales; Barcelona, Anagrama, 1985; p:13). Pero no fue menos explícito lo que ya había anticipado Friedrich Wilhelm NIETZSCHE en 1874 (*De l'utilité et de l'inconvénient des études historiques pour la vie*; París 1964) o más recientemente Walter BENJAMIN (*Tesis de Filosofía de la Historia*; en: *Discursos ininterrumpidos*; Madrid, Taurus, 1973; pp:175-191) o Gianni VATTIMO (*Op. Cit*; pp: 154). Patricia MARTÍNEZ GARCÍA, *la posmodernidad y la «crisis» de la historia: dos versiones contemporáneas de la ficción histórica*. En: <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/6809362000635061740008/0/018662.pdf?incr=1> (GDL; jueves, 01 de mayo de 2008; 19:12)

²⁸⁾ Maurice AYMARD, *La longue durée des civilisations*. En: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero11/artaynard11.htm> (GDL; 02/04/2008 04:57 p.m.)

²⁹⁾ Pierre-André TAGUIEFF, *L'idée de progrès. Une approche historique et philosophique. Suivi de : Éléments d'une bibliographie; Cahier du CEVIPOF*; 2002 (sept. ; 32; pp.1 y ss.

³⁰⁾ Enrique MORADIELLOS GARCÍA, *Fernando Braudel (1902-1985): la Historia sin sujeto; El Catoblepas*; 2002 (junio); 4; pp. 1y ss.

³¹⁾ Cosa que fue postulada, por la nueva historiografía francesa, incluso con anterioridad a los *Annales*. François SIMIAND, *Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M.Lacombe et de M. Seignobos*; *Revue de Synthèse historique*, 1903, VI ; p. 17 Paul RICOEUR, *Temps et récit*, 1, *L'intrigue et le récit historique*, París, Seuil, 1983, pp. 173-200: Ambos en: Jean BOUTIER, *Fernand Braudel, historiador del acontecimiento*; *Historia Crítica*, 2005 ; 27 ; pp.3 y ss.

³²⁾ La versión más popular de esta teoría fue escrita por un no historiador - politólogo-Francis FUKUYAMA ,*The End of History and the Last Man* (El fin de la Historia y el último hombre) de 1992 y que fue una versión remozada de su ensayo *¿El Fin de la Historia?*", publicado en *The National Interest* en 1982 cuando era analista del Departamento de Estado de los EUA. Sin embargo como el mismo

Fukuyama lo advierte en este ensayo, el origen más cercano del concepto está en Hegel y Marx.